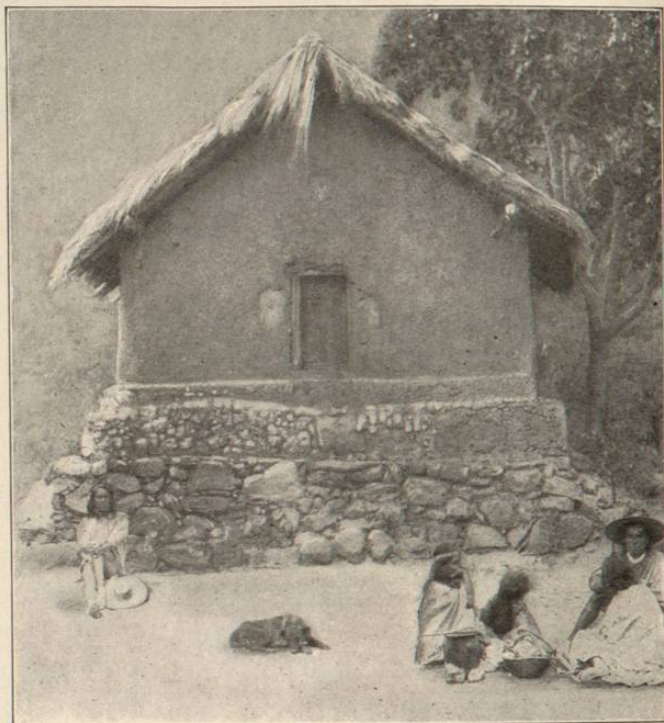


“Este hombre viene recomendado por el Gobierno, y lo mejor es complacerlo.” Pero el obstinado adivino habló también y dijo, volviéndose hacia el fuego, estas elocuentes palabras: “¿Quién es el padre del fuego? ¿Lo sabe ese hombre? Viene á tomar retratos y eso no es bueno. Los que se dejen retratar, morirán! me dice nuestro Padre



Un adoratorio de Pochotita.

el Fuego. Si este hombre usa su máquina contra la voluntad de nuestro Padre, me pondré á cantar y llamaré á la Diosa de las Nubes del Oriente y á la de las Nubes del Occidente para que lo echen de aquí.”

Como era natural, las palabras del astrólogo causaron profunda impresión en sus oyentes, pero ni yo ni mi celoso amigo cejamos, lanzándose éste nuevamente á la lucha,

aunque sin producir mucho efecto. Para dar término á la controversia, dije á los indios: “Si no quieren dejarse fotografiar, no es necesario; pueden ustedes hacer lo que gusten.” Quedáronse pensativos, lo que me dio esperanza de que cederían. El indigno astrólogo volvió á cargar su mula y se marchó á su rancho, cerca de Santa Catarina, donde más tarde sentí los efectos de su venganza.

Cuando hubo desaparecido, se me acercaron algunos de los indios á decirme que no les parecía peligroso que los fotografiara, y ofreciéndome que todos los peyoteros y sus mujeres se pintarían la cara y se dejarían retratar. ¡Hé aquí de qué inesperada suerte quedaba victorioso en mi empresa! Esa misma tarde fotografié á los hombres, y el día siguiente á las mujeres. Dos años más tarde que volví á visitar á la tribu, supe que mi adversario había muerto repentinamente, estando cantando en un templo, circunstancia que aumentó mi prestigio á los ojos de aquellos naturales, porque me atribuyeron mayor influencia con los dioses. “Era un loco en oponerse á V.,” me decían, en lo que no podía yo menos que convenir.

Para ir á Santa Catarina tuvimos que subir por el camino por donde habíamos bajado, y descender al punto á que nos dirigíamos, después de recorrer algunas millas más siguiendo el filo de la cima. Sin ser cómoda la senda, podía pasarse, y á buena hora de la tarde llegamos al pueblo, pero lo encontramos desierto. Mi enemigo de Pochotita había contado terribles cosas de mí, asegurando que mataba á la gente colgándola cabeza abajo, como él mismo lo había visto asomándose á la máquina asesina, lo que hizo por consecuencia que toda la población, excepto dos mujeres, huyera por temor de que fuese yo á colgarlos de los pies. Aun el alcalde estaba en su rancho, pero se le aguardaba para el día siguiente. Como no me sedujo el aspecto oscuro y poco atractivo de la casa de la

Comunidad, resolví plantar mi tienda sobre una pequeña eminencia cercana al templo. Ignoro como hubiera podido conseguir con que alimentarme aquel día, si no hubiera sido por un amigo que me gané en Pochotita, quien me fue acompañando y me ayudó á conseguir una cabra de un pueblo vecino, pues la gente de Santa Catarina es demasiado pobre para esos lujos.

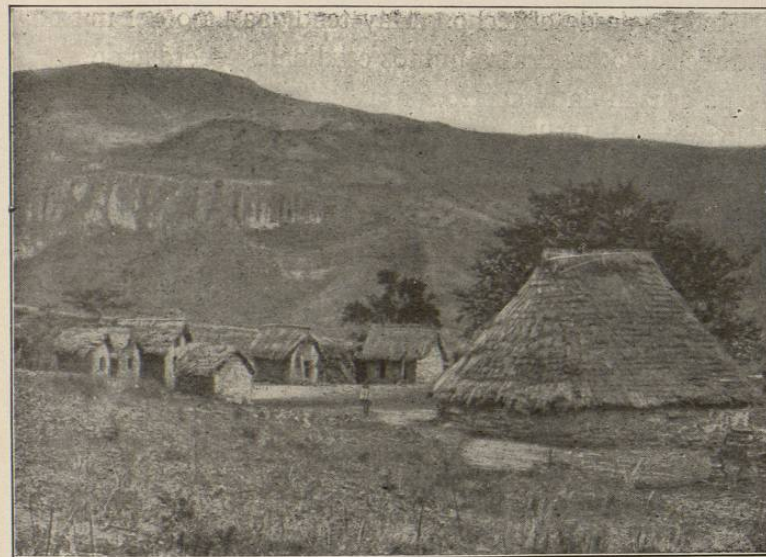
Santa Catarina es acaso el pueblo de indios más pequeño que he visto. Consta de once chozas esparcidas entre zapotes, y si no fuese por las usuales construcciones de adobe del tiempo de los misioneros, á saber, la iglesia, el curato, el juzgado, etc., podría uno suponerse en un rancho.

Descansa el pueblo en un terreno comparativamente plano, en lo alto de un pequeño remate de donde parten en todas direcciones, menos al este, valles y profundas barrancas que descienden hasta el río Chapalagana. Es hermoso el paisaje que se dilata al rededor. Del valle principal situado inmediatamente á nuestros pies, se alza al oeste el monte del Tigre, famoso en la mitología huichola, donde se ocultan las principales cuevas sagradas de la tribu. Pero el rasgo más característico es la alta cordillera, límite occidental del territorio huichol, que se yergue al otro lado del río. Hacia el sur hay una profunda barranca donde está la sagrada cueva de la Diosa de las Nubes Orientales; y en una meseta más lejana, pero oculta á la vista, se encuentra el pueblo de San Sebastián. Levántanse al oriente dos prominentes cerros que parecen estar uno sobre otro. Los indios los creen antiguos compañeros del Dios del Fuego y los llaman Toapuli ("en donde hay amole"), nombre que se aplica también al pueblo de Santa Catarina.

Á escasa distancia de la iglesia católica está el templo pagano que, con los numerosos adoratorios que rodean su espacioso patio, forma un interesante grupo. Es el principal centro del culto pagano en toda la región y se alza

atrevidamente junto á la vieja iglesia, expresando en callado, pero elocuente lenguaje el estado de cultura de los indios.

No hay diferencia notable en el tamaño de los diversos templos. El de Santa Catarina, que es el mayor y está dedicado al Dios del Fuego, mide treinta y seis pies y medio de norte á sur, y treinta y cuatro y tres pulgadas de oriente á poniente; su forma es casi circular; la pared, de unos siete pies de alta y dos de espesor, está hecha de piedra y barro, y enjarrada también de barro interiormente. El pasillo se adelanta hasta el techo y tiene cinco pies de ancho. Hay, para comodidad de los concurrentes, un banco de



El templo de Santa Catarina y sus adoratorios, vistos del noroeste.

piedra y lodo que ocupa por dentro buena parte de la pared del lado oriental; y en la entrada, hace veces de banco el umbral de la puerta, con sus dos escalones exteriores.

Dos horcones de ocote sostienen el techo, por medio de una viga horizontal, fijados entre norte y sur, á mucha mayor distancia del hogar que del muro. Al rededor de

cada uno de ellos y á la altura de un hombre, tienen sujetos cuernos de venado para colgar las bolsas, tabaqueras y cosas por el estilo que llevan los asistentes, mientras se dedican á sus deberes religiosos. Todo el maderamen del templo es de "pino macho" y para el techo se emplea una especie de paja gruesa.

En cada templo hay sus particularidades, cuya utilidad no se descubre á primera vista. En la parte más alta de debajo del techo, se ven aseguradas á las viguetas y á la viga varios manojos de yerba, largos y delgados, que representan á los tlacuaches que antiguamente robaron el fuego de los dioses para darlo á los huicholes, y siguen vigilándolo desde el techo. Hay tendidas bajo del mismo, en dirección á los cuatro puntos cardinales, cuerdas de fibra que se cruzan en el centro, para librar la casa del viento y de los rayos. Hállase el edificio resguardado de cualquier otro peligro que le amenace, por medio de dos haces de grandes hojas que tiemblan al menor soplo del aire. El piso, que no está cubierto de nada, se riega siempre antes de cada fiesta. Lo mucho que en él se ha bailado lo ha emparejado y endurecido tanto, que no alza polvo.

Lo principal del interior del templo es el hogar (*aro*), situado en el centro, el cual es una hornilla circular de barro, cuyos bordes sobresalen ligeramente del suelo. Mientras dura una fiesta se conserva encendido el fuego; otras ocasiones se ve el hogar lleno de ceniza y con un tizón de cada lado con la brasa resguardada por la caperuza que forma la ceniza. En el grabado se puede ver un tizón que representa al Dios del Fuego y también á su flecha, que se coloca de punta al oeste.

Como siempre ocupa el hogar el centro del templo ó de la casa, también el santuario del Dios del Fuego se halla en el corazón de la región huichola ó según el punto de vista de los indios, en la mitad del mundo. Cuando no hay fiestas, el aspecto de los templos es de lo más sombrío,

pareciendo en su interior aun más tenebrosos por la negrura de los techos que no tienen deshumaderos. El hollín, por lo mismo, se adhiere en las prominencias, cubriéndolo todo de una capa negra y brillante.

Tiene, en el interior, la pared del oeste una serie de nichos á manera de palomar, y hay también una ó dos de esas cavidades en las paredes del norte y sur, cada una de las



El hogar del templo de Santa Catarina. Diámetro, 4 pies 5 pulgadas.

cuales está dedicada á un dios y á cargo de un especial ayudante del culto. Guárdanse en ellas los objetos rituales, desde que se estrenan hasta que los llevan á los adoratorios á que están destinados. También se depositan en las covachas ofrendas de flores y se elevan preces.

Frente de cada templo, hay un espacio cuadrado y abierto con algunos dioses á los lados. En Santa Catarina, mide la plaza ochenta y cuatro pies de este á oeste y sesenta y cuatro de norte á sur. Tres dioses son de adobe, y los otros dos de piedra y lodo, como de costumbre. Tiene dicho templo veintidós ayudantes, número de los dioses á que sirven y cuyos sagrados nichos custodian. El más importante de todos, como debe suponerse, es el representante del Dios del Fuego, siendo una especie de vigilante general de todas las dependencias sagradas del santuario.

Los principales deberes que les incumbe llenar consisten en fabricar los objetos rituales, organizar las fiestas y llevar la leña necesaria para el fuego del templo.

Además de los mencionados ayudantes, hay un individuo que desempeña las funciones de sacerdote cantor, de categoría superior á cualquiera otra, pues su dignidad es más grande que la del guardián del Padre Fuego. Es, de hecho, la cabeza espiritual de la comunidad, y lleva el registro de fechas para las fiestas y ceremonias, de acuerdo con las comunicaciones que se le supone recibir de los mismos dioses. Este sacerdote ó *maleácami* es actualmente el jefe y goza de más autoridad que el mismo *tatohuán* ó gobernador.

Hay siempre al cuidado del templo un ayudante, que hace las veces del *maleácami*, quien vive con su familia junto á la sagrada mansión, en un adoratorio ó en alguna choza. Todos los ayudantes, lo mismo que sus mujeres, están obligados á guardarse mutua fidelidad durante el desempeño de su misión. Los nombran cada cinco años, que es cuando se renueva el templo, techándolo, etc., y se inaugura cada ciclo de cinco años con una gran fiesta que dura una semana, en la que siempre cae el día de la Virgen de Guadalupe, la santa patrona de México.

## CAPÍTULO IX

SATISFACTORIA ENTREVISTA CON LOS INDIOS PRINCIPALES—IMPORTANCIA DE LA CAZA DEL VENADO EN EL CULTO—COMO MANIFIESTA EL JÍCULI SU PODER—CURACIÓN SEGURA DE LOS PIQUETES DE ALACRÁN—VISITA Á LA MECA DE LOS HUICHOLES—LA CUEVA DE LA DIOSA MADRE—LUGAR DONDE NACIÓ EL DIOS DEL FUEGO—TE-ACATA—OTRAS CUEVAS SAGRADAS—PROBANDO EL JÍCULI.

AL punto como llegó el alcalde, fui á verlo, y encontré con un hombre muy inteligente, que había vivido bastante entre los mexicanos y hablaba muy bien el español. Mucho, por supuesto, había oído decir acerca de mis hechos, pero se convenció de que ningún daño causaría mi presencia. Era el mismo alcalde ante quien se me había acusado, pero á la vez era *shaman*, y siempre gocé de la estimación de esa clase sacerdotal, excepto únicamente, á lo que puedo recordar, con el excéntrico miembro de la profesión que se declaró contra mí en Pochotita.

Tuve una satisfactoria entrevista con los habitantes principales que se mostraron complacientes en obsequiar mis deseos; pero antes tenían que ir á la sierra donde los mexicanos estaban haciendo de las suyas en los bosques. Conseguí dos indios para enviarlos á Tepic por mi correspondencia, y un hombre llamado Felipe, dueño de un rancho próximo, me arrendó tres vacas que me ordeñaban diariamente. Así resolví el problema de mi alimentación, á tal punto que llegó á decirme un indio: "Usted no come tortillas ni frijoles; nada más leche y leche. ¿Cómo es eso? ¿Acaso es usted Dios?" Con todo, la gente de